

El *magis* ignaciano se realiza en el “*minus*” de la opción por los pobres

Erick Hernández Hernández

RESUMEN: El artículo muestra cómo la experiencia de los Ejercicios espirituales conduce a una comprensión política del seguimiento de Jesús en el contexto de Centroamérica. Desde el “*minus*” de la opción por los pobres, el autor relee el discernimiento ignaciano como una llamada a encarnarse en realidades marcadas por la violencia estructural, la desigualdad y la represión. La trayectoria de mártires como Rutilio Grande, Óscar Romero y los jesuitas de la UCA se presenta como expresión histórica del compromiso político de la Compañía de Jesús: una fidelidad al Evangelio que denuncia injusticias, acompaña a las víctimas y asume los riesgos del trabajo por la paz y la justicia. Así, la misión jesuita en la región se entiende como una praxis espiritual y política inseparable, orientada a la dignidad humana, la reconciliación y la construcción de un futuro común.

PALABRAS CLAVE: Política, Opción por los pobres, Discernimiento, Centroamérica, Martirio

Militar bajo la bandera de la cruz es el modo de concretar nuestro servicio al Reino de Dios que, como Jesús, elige los “*minus*” para hacer redención en un mundo tan necesitado de buenas noticias, esperanza, vida digna y justicia. El Señor nos sigue llamando a vivir con Él y como Él poniendo al servicio de los pobres nuestra misión, nuestras vidas y nuestros sueños. Como jesuitas que trabajamos en Centro América, nos inspiran los deseos de Dios manifestados en las bienaventuranzas y el testimonio de nuestros compañeros martirizados por su fidelidad al Evangelio. La experiencia de los Ejercicios espirituales transforma la mirada, nos hace generosos, solidarios y nos invita a ir tras Jesús resucitado que es vida, libertad y misericordia para nuestros pueblos atravesados por la violencia y la deshumanización. ¿Qué inspiró y sigue inspirando a los compañeros jesuitas que hacen suyas las luchas y esperanzas de estos pueblos?

Composición de lugar

Toda persona que ha vivido la experiencia de los Ejercicios espirituales de san Ignacio se encuentra con una experiencia novedosa, una mirada y un modo de vivir el compromiso con la Buena Noticia de Jesús para el mundo de hoy. ¿Qué hace que esta experiencia espiritual sea tan novedosa?, ¿qué claves de lectura de la realidad se encuentran en los Ejercicios espirituales que llevan a un compromiso concreto con el Reino de Dios que predicó Jesús? Hay muchos caminos espirituales en la Iglesia. Cada persona proviene de una experiencia eclesial diversa en cuanto a práctica religiosa devota, pertenencia a algún grupo y hay personas a las que sólo les mueve el deseo por “algo más”, encontrando, en el camino espiritual que Ignacio propone, un espacio que le da sentido y fundamento a su vocación.

En la Segunda semana de Ejercicios, cuando ya la persona se encuentra reconciliada, ha logrado descubrir el desorden de sus afectos y ha recibido del Señor la gracia de sentirse perdonada y amada; es ahora invitada a seguir su camino con la mirada centrada en Jesús. Al inicio de este proceso, hay dos contemplaciones claves: la Llamada del Rey Eternal y la Encarnación. Ignacio invita al ejercitante a que vea, con la mirada compasiva y misericordiosa de Dios, el mundo y su realidad, le invita a que vea, a que sienta tan diversas personas y contextos que, lamentablemente, son muestras del mal, la deshumanización y el imperio de la violencia. La respuesta de Dios es: “Hagamos redención”; aquí está la primera clave de lectura, Dios elige hacer la redención *encarnándose*. De este modo, el ejercitante descubre que la propuesta espiritual de Ignacio es un camino que lleva a la encarnación de la persona en la realidad del mundo.

Como preparación a la escucha de la llamada del Señor, san Ignacio propone identificar a un rey que invita a una noble tarea para vencer el mal. Cuando el que acompaña los Ejercicios hace esta propuesta, aparecen una lista larga de personajes históricos, en su mayoría mártires, que denunciaron las injusticias; el primero de ellos, nuestro mártir san Oscar Arnulfo Romero, cuya conversión, se dice, fue consecuencia del primer sacerdote asesinado en El Salvador, su amigo, el jesuita beato Rutilio Grande; luego aparecen otros defensores de la dignidad humana como Teresa de Calcuta, Mandela, Martin Luther King, los seis jesuitas asesinados en la UCA (El Salvador), etc.

Cuando el ejercitante avanza a escuchar a Jesús, Rey Eternal, hay una clave en su invitación: “conmigo y como yo” [*Ej* 93]. ¿Qué significa para la persona esta concreción de la llamada? Para muchos recuerda y vibran en las entrañas las palabras del Dios liberador: “He visto la humillación de mi

pueblo... he bajado para liberarlos” (Ex 3, 7-8). ¿Quién es ese Jesús que me pide seguirlo?, ¿cuál es su vida de tal manera que hizo lo que hizo? El ejercitante se encuentra con un Jesús encarnado que da sentido y respuesta a las esperanzas, luchas y alegrías de este pueblo. ¿Cómo es tu vida, Jesús, que me invitas a comprometerme como tú?, ¿dónde te encuentro hoy?, ¿dónde dices que estás presente? La realidad de pobreza, exclusión, violencia y opresión de Centro América nos recuerda esa visión de la Encarnación y la concreción de la llamada de ese Rey a quien yo quiero seguir.

La auténtica experiencia espiritual no debe encerrarnos en nosotros mismos en un imaginario de puertas adentro, sino que debe brindarnos una mirada trasfigurada de frente al mundo en que vivimos a nuestra propia vida personal y a la vida de nuestro prójimo, a nuestra realidad de seres dialogales, en relación siempre con los otros, y en relación también con la casa que habitamos, con el mundo como morada de todos. Colaboramos con Jesús en su obra redentora cuando asumimos como nuestra esta realidad en la que Dios actúa salvando.

El ejercitante logra esta mirada trasfigurada del mundo, en primer lugar, cuando se experimenta amado y llamado desde la transcendencia amorosa de Dios, y se siente hijo de una promesa que nos invita a la construcción de un futuro mejor. Seres amados individualmente y en plural, colectivamente. Que nos relacionamos con Dios como el Tú fundamental de nuestra existencia.

¿Cómo construimos este futuro?, ¿quién se suma para colaborar? La mirada del teólogo Jon Sobrino, nos invita a “cargar con la realidad” como un acto propio de todo cristiano que quiere responder a la llamada del Señor. Decía: “La honradez con lo real, la fidelidad a lo real y dejarse llevar por lo real son, creemos, actos de espíritu que de una u otra forma, por acción u omisión, realiza todo ser humano”¹. Este hacer presente el Reino de Dios que Jesús predicó, implica, necesariamente, una opción por la vida, la promoción de la justicia buscando la dignidad e integridad de la vida de cada persona porque es mi hermano, mi hermana; en la Centro América que nuestros compañeros jesuitas asesinados les tocó vivir y que, nosotros seguimos enfrentando, el mayor obstáculo para este proyecto es la injusticia. La falta de equidad en la distribución de la riqueza que creamos entre

*La experiencia de los
Ejercicios espirituales
transforma la mirada,
nos hace generosos,
solidarios.*

¹ JON SOBRINO, *Mysterium liberationis: Conceptos Fundamentales de Teología de la Liberación*, T. II, Ed. Trotta, Madrid 1990, 458.

todos, el hambre, la enfermedad, la baja escolaridad, la delincuencia, la corrupción estatal, la violencia de las pandillas y del crimen organizado, la indiferencia de las instituciones ante la vida del pobre; todo esto crea unas dinámicas de muerte en nuestros pueblos.

Es imperativo preguntarse: “¿dónde estás presente, Jesús, que me llamas a colaborar con tu misión, contigo y a vivir como tú?”. El beato Rutilio Grande respondió a esa realidad de hambre y opresión a finales de la década de los 70 con la organización de campesinos en cooperativas, en la parroquia rural de El Paisnal en El Salvador, pero los terratenientes vieron esa iniciativa solidaria como amenaza y le acusaron de “comunismo”. La historia de Latino América está atravesada por la dictadura militar, gobiernos de facto y presidentes sin autoridad, el temor de fondo era el comunismo. En países como El Salvador, Nicaragua y Guatemala, el clamor de los pobres abogaba por tierra para trabajar, servicios públicos dignos y una paga justa. La respuesta siempre fue represión, acallar voces, negar derechos; no es lo mismo ver esa realidad desde una cómoda oficina en una zona exclusiva de la ciudad, que ser afectado directamente por la violencia que ya se había institucionalizado, ¿es esto la voluntad del Dios que nos reveló Jesús? Aca-so no escuchas a Yahvé Dios que se revela como el libertador: “He visto la humillación de mi pueblo, he bajado para liberarlos... ve tú ante faraón” (Ex 3, 7-10).

Monseñor Romero, en su diario, recoge las experiencias que le llevaron a cargar con la realidad y a responder como pastor de “este sufrido pueblo”. Ningún medio de comunicación expresaba las innumerables desapariciones de campesinos organizados, catequistas, celebradores de la Palabra de Dios. Día a día, monseñor Romero recibía a personas que buscaban ayuda y defensa frente a tal violencia y represión, el único “pecado” era ser pobre y vivir en el campo cuyas tierras eran codiciadas por grupos económicos poderosos. San Romero comenzó a denunciar en las homilias tal atrocidad acaecida en diferentes lugares del país, su púlpito se convirtió en la única fuente que mostraba la verdad de lo que pasaba en tantas comunidades campesinas.

Ignacio Ellacuría y los compañeros jesuitas que trabajaban en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, UCA, a través de diferentes artículos de corte científico denunciaban la estructura de injusticia y mentira que estaba detrás de las acciones del gobierno. Monseñor Romero fue muy cercano, encontró en la UCA una institución cristiana que buscaba construir mejor futuro para el país, pero por el camino de la paz, la verdad y la justicia que clamaba toda la sociedad. En El Salvador, el santo de América fue martirizado en 1980 y los seis jesuitas en 1989, acusados de apoyar

y ser ideólogos de grupos armados de izquierda, pues a toda costa se trataba de evitar el triunfo de la revolución como había sucedido en Nicaragua. Así mismo, tal persecución y martirio vivieron catequistas en las regiones indígenas en Guatemala junto con monseñor Juan Gerardi, defensor de los Derechos Humanos asesinado en 1998.

Los jesuitas de Centro América hemos experimentado una llamada a vivir nuestra misión con alegría y esperanza. No es una alegría superficial, sino en el realismo que expresó Jesús: “bienaventurados ustedes, cuando los injurien...” (Mt 5, 11-12); es la fe en Cristo que carga su cruz, “la esperanza contra toda esperanza humana” que nace en medio de la “noche oscura” de las masacres y la brutalidad humana, pero que descubre al Señor como promesa de justicia para las víctimas, como resurrección de toda semilla de amor plantada en la existencia, como amigo y como fuerza en la oración y en la confianza, en la lucha y en la solidaridad entre los hombres y mujeres de buena voluntad. Esa alegría que es fruto de una reconciliación consigo mismo, con Dios y con el mundo que nos rodea, es la presencia de Cristo resucitado.

Bienaventurados ustedes...

En los Ejercicios hay un paralelo entre las Bienaventuranzas, las meditaciones del Reino y de las Dos Banderas. Por un lado, san Ignacio propone la parábola de un rey “tan liberal y tan humano” refiriéndose a Jesús quien invita a caminar, vivir y sufrir como él, para que “siguiéndome en la pena también me siga en la gloria” [Ej 95]; esta meditación termina con la “Oblación de mayor estima y momento”, una solicitud de ser admitido en la lucha por el Reino en la que explícitamente se pide y desea pasar por “injurias, todo vituperio y toda pobreza” [Ej 98]. Por otro lado, en la meditación de las Dos Banderas, los que representan los poderes de este mundo buscan subir los escalones del dinero, vano honor y soberbia [Ej 142], es decir, buscan el poder absoluto que les sea posible. Quienes siguen a Cristo caminan en dirección contraria, eligen el camino de la “suma pobreza espiritual y, si su divina majestad fuera servida y los quisiera elegir, a suma pobreza actual” [Ej 146], estos temas también serán tratados en la Tercera semana de los Ejercicios. Con todo lo expuesto vemos que, tanto en las Bienaventuranzas como en estas meditaciones de san Ignacio, la opción de “militar bajo la Bandera de la cruz” pasa por opciones históricas que devienen en sufrimiento; es este el camino auténtico que atraviesa el cristiano por amor al Reino que está lejos de los éxitos

inmediatos que se buscan alcanzar. San Ignacio afirma que, toda vocación cristiana se realiza prioritariamente desde la cruz y es desde allí donde la vida del que responde a la llamada del Señor tendrá una incidencia exitosa en la historia de nuestro mundo.

El ejercitante se encuentra con un Jesús encarnado que da sentido y respuesta a las esperanzas.

Un jesuita, que ha hecho opción por militar bajo la Bandera de la cruz, opta por desarrollar su misión en pobreza evangélica, es decir, desde la libertad y el discernimiento para elegir los medios más adecuados. Esto implica que nuestra eficacia no corresponde al uso de poder, fuerza, o a la astucia de la inteligencia, sino a la ausencia de un poder impositivo, a la inspiración en la Palabra de Dios, desde la conciencia de que es la gracia del Señor la que transforma, es el amor con la

mirada puesta en el Señor lo que motiva a enfrentar la crítica, la incompreensión y el rechazo.

Todo seguimiento de Jesús estará acompañado de persecuciones, es decir, de cruz. Nuestra misión en Centro América confronta las dinámicas de violencia, violación de los derechos humanos, explotación de toda clase que va en detrimento de la vida y dignidad de las personas. El Señor que carga con su cruz en esta nuestra realidad histórica nos pide atender al hermano que está solo, herido y tirado en el camino como lo hizo el buen samaritano (Lc 10, 25-37). Esta fidelidad y señalamiento de las dinámicas de poder no se hacen desde una motivación ideológica o de corrientes sociológicas que quieren explicar la realidad, sino desde la contemplación del Señor que, puesto en cruz, nos interpela y nos hace pensar: ¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo?, ¿qué haré por Cristo? [*Ej* 53].

En sociedades como las de Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala, dominadas por la injusticia estructural y opresión institucionalizadas en los gobiernos de turno, el que vive una fe encarnada y se deja afectar por el dolor del hermano que sufre tiene necesariamente que comprometerse con la justicia, con los pobres y con sus causas; así lo ratificaron las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús desde la 32 a la 36. La Congregación General 34 nos recuerda los criterios apostólicos más característicos de nuestra misión: “cuando se interpretan a la luz de la fe que busca la justicia, el criterio de mayor necesidad apunta a lugares o situaciones críticas de injusticia; el criterio de mayor fruto a los ministerios que puedan ser más eficaces para crear comunidades de solidaridad; el criterio del bien más universal, a la acción que contribuye a un cambio estructural

El magis ignaciano se realiza en el “minus” de la opción por los pobres

capaz de crear una sociedad basada en la corresponsabilidad”². Los conflictos armados que afectaron tan cruelmente, especialmente a los campesinos e indígenas, en las décadas de los 70s y 80s, llevaron a los jesuitas a discernir y elegir ponerse del lado de los crucificados actuales asumiendo que podían pagar un precio, pero sabiendo recibir como gracia todo lo que implique persecución a causa de la justicia: “los métodos a poner en obra, las acciones a emprender deben, por encima de todo, manifestar el espíritu de las bienaventuranzas”³.

Una Provincia de mártires

Los cristianos de las primeras comunidades sabían que el martirio era una gracia; refleja, sin duda, una opción de seguimiento de Jesús en el riesgo, el peligro y la exclusión de su comunidad de origen judío o pagano. Para quien vive en profundidad la experiencia de los Ejercicios, el martirio sería una posibilidad de quien elige la “determinación deliberada... de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza” [Ej 98]. Directa o indirectamente la cruz está presente a lo largo de todos los Ejercicios en la “oblación de mayor estima y momento”, en la meditación del Reino, de las dos Banderas, en las tres formas de Humildad y, por supuesto, en la Tercera semana dedicada exclusivamente a la Pasión del Señor. Por eso, en las Constituciones, san Ignacio expresa que quien desea ser parte de la Compañía, que mucho le aprovechará “pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos” [Co 101]. La experiencia del jesuita expuesto a situaciones de sufrimiento, de injusticia, de exclusión, lleva a meditar sobre nuestra identidad de compañeros de Jesús. La Congregación General 32, con su Decreto 4, ha sido para algunos un reto que ha abierto horizontes insospechados.

La dimensión contemplativa del compromiso por la justicia está muy arraigada en la unión con ese Dios de bondad y de justicia y esto implica una conversión. ¿Dónde se adquiere esa identidad como proceso de conversión? En una comunidad de inserción, en el compromiso al lado de los pobres, que puede ser para muchos un lugar de verdadera conversión, del descubrimiento de una llamada a seguir a Cristo, y a seguir a Cristo en pobreza. Una comunidad de inserción podría hacernos descubrir cuál es el rostro de nuestro voto de pobreza ante los verdaderos pobres. Podríamos

² CONGREGACIÓN GENERAL 34, Decreto 3, n. 22.

³ CONGREGACIÓN GENERAL 32, Decreto 4, n. 33.

descubrir, comparándonos con esos pobres en medio de quienes hemos decidido vivir, que de hecho nosotros somos ‘ricos’ en poder, dinero, influencia, educación y otras ventajas, pero que seguimos la pobreza evangélica que nos hace generosos, disponibles, en dependencia mutua, en relaciones auténticas y en espontaneidad; es así como se hace posible una conversión.

Por otra parte, la convicción de que “la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”⁴ nos llevaba a estar cerca del sufrimiento y del fracaso de enfermos y marginados. Y con ello, diríamos hoy, a asumir la opción por los pobres, en cercanía a sus vidas y a sus causas, como camino de salvación. Si, como decía Ignacio en esa misma carta, la pobreza “aplata el gusano de los ricos, que es la soberbia”, no es difícil entender hoy que cuando se asume la causa de la justicia hacia los pobres, acercándonos a su conciencia y su organización, intentando detener la injusticia de los poderosos, la respuesta violenta de una sociedad estructuralmente violenta acabe en el testimonio martirial.

La mayor parte de las muertes martiriales en los países con un alto índice de pobreza e injusticia, incluidos los países con graves desigualdades, tienen que ver con la defensa y la solidaridad con los pobres frente a esa economía que sólo busca el beneficio inmediato de un pequeño grupo. Un claro ejemplo es la Iglesia perseguida de Nicaragua, con tres obispos desterrados y privados de su nacionalidad, así como un alto número de sacerdotes en la misma situación, la apropiación ilegal de la Universidad Centroamericana acusando falsamente a los jesuitas de “terroristas”, refleja el odio que despierta en el poder autoritario la defensa de los derechos básicos de los desposeídos, hecha desde el Evangelio.

¿Hasta qué punto mi compromiso por la justicia brota de mi fe?, ¿y hasta qué punto mi fe es tan auténtica que me proyecta apostólicamente en un real seguimiento del Jesús pobre y humillado que me compromete en la promoción de la justicia? (Pedro Arrupe).

Los frutos de los Ejercicios, la opción de “militar bajo la bandera de la Cruz” a la que nos ha llevado un proceso de discernimiento confirmado en la historia, se concretiza en el amor a los pobres, en una capacidad crítica y en libertad cristiana; pero son precisamente estas tres actitudes las que temen y molestan a los intereses ambiciosos de algunas personas o grupos, basta ver la represión y persecución actual contra los pobres que se resisten a ser desalojados de sus tierras, ser privados del agua o ver envenenado y dañado su medio ambiente. En la actualidad, toda persona que desde el

⁴ IGNACIO DE LOYOLA, Carta a los Padres y Hermanos de Padua, 7 de Agosto de 1547, n. 3; en *Obras de San Ignacio de Loyola*, BAC Maior 104, Madrid 2013, 744-748.

El magis ignaciano se realiza en el “minus” de la opción por los pobres

Evangelio respalde a los pobres y haga visible la injusticia, entra automáticamente en una zona de riesgo que amenaza su seguridad, su integridad personal o incluso su propia vida; ¿cuántos cristianos hoy queremos correr este riesgo? Hay un esfuerzo mediático de politizar e ideologizar la lucha de los pobres y a sus defensores, de ahí el rechazo casi visceral de muchos sectores en la Iglesia; vivimos en sociedades polarizadas de buenos y malos, donde los malos son los que no piensan o actúan como yo y se nos olvida ver al pobre que sufre como lo hizo el Buen samaritano del Evangelio.

La misión de los jesuitas en Centro América ha estado presente en los procesos históricos que ha vivido cada nación. Desde diversos apostolados se ha iluminado con la luz del Evangelio y el Magisterio de la Iglesia la realidad tan compleja que vive nuestro pueblo a través de la investigación, el análisis y la reflexión, proponiendo caminos de desarrollo y de paz. Algunos han dado su testimonio desde las universidades, otros trabajando en zonas rurales y barrios marginales, otros asistiendo a migrantes y defendiendo los derechos humanos, y algunos visitaban a los refugiados salvadoreños en Honduras y les ayudaban a planificar el retorno a su tierra. Fue crucial la mediación en el conflicto armado buscando una solución negociada que llevara al fin de la guerra en El Salvador, los conflictos sociales en Nicaragua y Guatemala, ¿Cómo nos afecta el compromiso por la justicia en un mundo roto como el de Centro América? Al respecto, la Congregación General 32 nos dice: “Debe ser un factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior, como individuos, como comunidades, como fraternidad extendida por el mundo”⁵.

Para san Ignacio, en la acción se halla a Dios tanto como en la oración; el problema clave de la vida espiritual no es el de la oración, sino el de la fidelidad al discernimiento de la voluntad de Dios, individual y comunitariamente, sobre contextos y realidades de tantos hermanos.

Los Ejercicios no son un conjunto de meditaciones piadosas y devotas, sino un método, un modo para buscar y hallar la voluntad divina sobre la propia vida. San Ignacio, en la Segunda semana, al llegar al momento de la elección nos dice: “comenzaremos juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado de nosotros se quiere servir

San Ignacio afirma que, toda vocación cristiana se realiza prioritariamente desde la cruz.

⁵ CONGREGACIÓN GENERAL 32, Decreto 2, n. 9.

*Todo seguimiento
de Jesús estará
acompañado de
persecuciones, es
decir, de cruz.*

su divina majestad” [Ej 135]. Quien vive la experiencia de Ejercicios no sólo va a un retiro para bien estar y descansar un poco, sino para buscar en el silencio la voz de Dios que le revela su voluntad. Las contemplaciones de la vida de Jesús derivan en la elección [Ej 169-189]; las reglas de discernimiento de espíritus dejan de ser reglas monásticas sobre las gracias recibidas en oración, para convertirse en criterios de una buena y recta elección. El examen no es una mera vigilancia en búsqueda de la perfección religiosa, sino una actitud vigilante en orden a descubrir la voluntad de Dios. El acompañamiento no se hace en la línea de la “confesión sacramental”, sino en la ayuda para el discernimiento que descubre el paso de Dios y los engaños del mal espíritu [Ej 17].

San Ignacio nos presenta al Cristo de los evangelios, y en su presentación insiste en el tema de la pobreza y de la humillación de Cristo y, en consecuencia, su seguimiento debe ser al Cristo pobre, [cfr. Ej 53]. Cristo nace en suma pobreza y después de trabajos, hambre, sed, frío, injurias, afrentas, acaba muriendo en la cruz: así lo presenta en la contemplación del Nacimiento, ofreciendo el panorama de su vida futura [Ej 116]. El sermón de Cristo en la meditación de las dos banderas se resume en pobreza, deseos de oprobios y humildad [Ej 146], frente al llamamiento del mal caudillo que invita a codiciar riquezas, vano honor del mundo y soberbia [Ej 142]. San Ignacio contempla la vida de Cristo desde una perspectiva muy concreta. El rey eterno no es el Mesías triunfalista, sino el Siervo de Yahvé, el Jesús que rechaza las tentaciones de prestigio, que se opone a todo intento manipulador; así, Ignacio pide al ejercitante indiferencia ante pobreza-riqueza, a honor-deshonor [Ej 23]. El *magis* debe completarse con el “*minus*”: pobreza, deshonor, oprobios, locura por Cristo en la línea de las Bienaventuranzas; este es un llamado a seguir a Cristo pobre entre los pobres, los oprimidos, los que tienen sed de verdad y justicia. ¿Por qué en pobreza? Porque no tienen nada que perder, viven el día a día y son accesibles a todos.

¿Cuál es la voluntad de Dios en, para y desde Centro América? Tenemos claridad que la respuesta la encontramos en esta realidad de la que somos parte y, con humildad, no podemos presuponer que sabemos bastante de esa voluntad de Dios. Tenemos que estar siempre a la escucha de lo que el Señor nos pide en esta realidad tan cambiante; de nuestra parte nos toca apropiarnos, a nivel individual y grupal, de esa voluntad de Dios, no ya como conocida y sabida genéricamente, sino como llamada personal que plenifica nuestra vocación y entrega.

La Tercera semana tiene como finalidad la compasión con el Siervo sufriente de Yahvé, que es la “*Kénosis*” de Dios [cfr. *Ej* 196]; este compadecernos con el Señor ha de extenderse de su pasión a la pasión del mundo: el dolor con Cristo doloroso es también dolor con el mundo herido, cuerpo real de Cristo y lugar actual de encuentro con Él (cfr. Mt 25, 31ss), pues Jesús es el Reino y el Reino es lo que padece en todo este mundo quebrado por la injusticia. Quien hace Ejercicios no puede quedarse en un “análisis técnico”, como el médico que discute causas y efectos sin importarle el dolor del enfermo; estamos llamados a hacer nuestra la pasión de Cristo, la pasión del Reino como nuestra propia pasión.

La muerte es inherente a la vida humana, pero ésta ha sido transformada por la justicia de Dios; por eso morir es morir en Cristo y es pascua a la dimensión de la eternidad en Dios, Padre y Madre de misericordia. Es desde esta perspectiva como todo “compañero de Jesús” se enfrenta a las diversas “muertes” concretas que conlleva el seguimiento de Jesús y la disponibilidad de la propia vida al servicio del Reino.

Para entrar en la gloria hay que pasar por la cruz (cfr. Lc 24, 26ss). Ser cristiano (ser jesuita) no es ser un héroe, sino que se trata de amar, se trata de darle el sentido a cada experiencia desde la misericordia de Dios cuya última palabra es la vida. Nuestra opción por la causa de los pobres nace del amor a la vida y del cariño a las personas con historias y rostros concretos; hacer el bien nos humaniza, nos vuelve bondadosos, solidarios, encontrando un profundo gozo (consolación del resucitado) que contagia.

Los tiempos y coyunturas sociales han cambiado, pero en la actualidad, seguimos enfrentando altos índices de pobreza y desigualdad, violación a los derechos humanos, efectos del crimen organizado, persecución y muerte de defensores de los recursos naturales, una democracia débil, una institucionalidad ineficiente y gobiernos autoritarios. Como Compañía de Jesús en Centro América seguimos en discernimiento para buscar y hallar lo que Dios nos pide hoy; seguimos unidos como cuerpo, dando esperanza, puesta toda nuestra persona en Aquél que nos ha llamado. Tomando la imagen evangélica del banquete, expresamos el sueño que motiva nuestro modo de proceder⁶:

Queremos una Centroamérica donde haya pan y bebida para toda la gente, donde nadie pase hambre, ni sufra desnutrición, ni carezca de techo para descansar y celebrar esa comida de fiesta.

Una Centroamérica que sea como aquel banquete, hecho posible sólo por el trabajo de hombres y mujeres que resisten a la tentación de la pereza,

⁶ *Proyecto Apostólico Provincial*. Provincia Centroamericana de la Compañía de Jesús 2001-2010.

la desmotivación y el milagrerismo de que las piedras sean convertidas en pan. Una Centroamérica que dé empleo digno a jóvenes y adultos de ambos sexos. Una Centroamérica que rescate a niñas y niños del trabajo prematuro y dé a ancianas y ancianos un retiro lleno de dignidad.

Una Centroamérica donde haya más fiesta, abundancia y alegría, como en un banquete, cuando se incluye e invita a más personas, y no haga falta emigrar para encontrar la vida. Inclusiva, lejana de la imagen de la balsa neoliberal donde sólo se salvan los pocos que se agarran a ella y los demás se ahogan en el mar.

Una Centroamérica, como la comida de fiesta del Evangelio, donde entran lisiadas y cojos, poblaciones desarraigadas y niños huelepegas, indígenas y afroamericanos/as, y allí, todos y todas juntos, nos sentamos en la misma mesa con el nuevo vestido de la dignidad. Donde han desaparecido las condiciones para que nadie se sienta superior ni nadie se sienta de menos, porque todos y todas hemos alcanzado igual dignidad y nos miramos y nos relacionamos en mutua corresponsabilidad y en igualdad de condiciones.

Esta es la Centroamérica que deseáramos en nuestros sueños ir poco a poco construyendo. Para hacer realidad esos sueños queremos poner todo lo que somos y tenemos al servicio de la dignidad de todas las personas, en especial, de las más pobres y excluidas. Y por eso, pedimos al Señor nos dé la gracia de caminar con ellas, compartiendo nuestras fragilidades y construyendo juntos una suerte que nos dignifique por igual como hijos e hijas de Dios. En Su Promesa confiamos para alcanzar este sueño al parecer imposible.